

cuando estuviese en la caza. Aparecia complicado en ella el duque de Híjar, al que se dió tormento, que sufrió con magnanimidad, sin confesar cosa alguna, y condenado no obstante su silencio á una multa y prision perpetua, murió en ella protestando siempre su inocencia. El marques de Padilla y su hermano murieron en el cadalso. A los enemigos de la España se unió el protector de Inglaterra Cromwell, que gobernó aquel reino despues de decapitado el rey Carlos I, é hizo atacar las Antillas apoderándose en 1648 de la Jamaica, que desde entónces quedó en poder de aquella nacion. En la frontera de Portugal se habia hecho la guerra con lentitud, pero muerto el rey D. Juan IV en 1656, la reina regenta tomó con mucho empeño el continuarla y levantando un ejército numeroso, hizo poner sitio á Badajoz en 1658. Felipe, atemorizado con este movimiento, pensó en ponerse en persona al frente del ejército, lo que no efectuó, y en su lugar dispuso fuese al socorro de la plaza su ministro D. Luis de Haro, aunque no era de profesion militar: á su llegada, no solo levantaron los portugueses el sitio, sino que D. Luis fué á ponerlo á la plaza portuguesa de Elvas; pero atacado en su campo por el conde de Castañeda el 14 de Enero de 1659, fué completamente derrotado, siendo D. Luis el primero que huyó.

Despues de treinta años de guerra, todas las potencias que habian tomado parte en ella estaban fa-

tigadas y agotados sus recursos, por lo que se comenzó á tratar de paz en el congreso que se reunió en Munster, y al que asistieron como plenipotenciarios del rey de España D. Rodrigo de Bracamonte conde de Peñaranda, y el célebre literato D. Diego de Saavedra, consejero de Indias. Aunque no pudo concluirse una paz general, cada potencia fué haciendo la suya en particular, habiéndose firmado desde 20 de Enero de 1648 un tratado con la Holanda, con condiciones poco honrosas para España, reconociendo de nuevo su independenciam. En el tratado celebrado entre los príncipes del imperio y el emperador, que se conoce con el nombre de la paz de Munster ó de Wertfalia, se establecieron los principios que han constituido el derecho público de la Europa hasta la revolucion de Francia. Para terminar la guerra entre esta y la España, el cardenal Mazarino propuso el matrimonio de Luis XIV con la infanta D.^a María Teresa, declarada heredera del trono, con lo que la España hubiera quedado unida á la Francia; mas como Felipe queria que su hija casase con un príncipe de su familia, para que la corona se conservase siempre en la casa de Austria, no admitió esta propuesta, hasta que habiendo nacido el príncipe D. Felipe Próspero, quedó asegurada la sucesion y removido con esto el principal obstáculo que impedía la celebracion del tratado, este se concluyó en las conferencias que se tuvieron en Noviembre de 1659, entre el cardenal y D. Luis de

Haro, en la isla de los Faisanes, en el rio Bidasoa, entre las fronteras de los dos reinos, que por el lugar en que se celebró tomó el nombre de paz de los Pirineos, siendo muy honroso para Felipe, el que uno de los mayores embarazos que hubo para ajustarla fué, el no haber querido convenir en nada, sino aseguraba la restitucion del príncipe de Condé, que le habia hecho grandes servicios en Flándes, en todos sus estados y honores. Por este tratado que comprende 124 artículos, quedó convenido el casamiento de D^a Teresa con Luis XIV, renunciando esta princesa todos sus derechos á la corona de España, mediante una dote de 500.000 escudos. España perdió definitivamente el Rosellon que se cedió á la Francia, la provincia de Artois en Flándes, con varias plazas de la frontera, y en el mes de Mayo de 1660 concurrieron las dos cortes en la isla del Bidasoa, quedando confirmada la paz y hecha la entrega de la infanta, en cuyas solemnidades Felipe y los grandes que lo acompañaban, hicieron una ostentacion de lujo poco conforme con el estado de miseria á que estaba reducida la monarquía.

Aunque á esta no le quedase en el continente otra guerra que sostener que la de Portugal, era tal el aniquilamiento á que habia quedado reducida, que no pudo levantar para ella mas que veinte mil hombres, cuyo mando se dió á D. Juan de Austria, quien tomó varias plazas y hubiera sin duda sometido todo aquel

reino, si hubiese contado con los recursos necesarios; mas mientras que á el se le escaseaban, se le mandaban al emperador por influjo de la reina, para sostenerse en la guerra que le declararon los turcos, lo que no contribuyó poco á los reveses que en Portugal sufrieron las armas españolas, siendo los portugueses auxiliados por el rey de Inglaterra Carlos II, que habia sido restablecido en el trono por el general Monk, no obstante la paz que con el se hizo. En Madrid, muerto D. Luis de Haro, el marques de Liche su hijo primogénito, disgustado porque no se le hubiese conferido ninguno de los empleos de su padre, formó á principios del año de 1662 el horrible proyecto de hacer volar al rey, cuando estuviese en el teatro del Buen Retiro, dando fuego á unos barriles de pólvora que pudo hacer colocar debajo de este; pero descubierta esta infernal trama, fueron castigados con el último suplicio los autores, excepto el marqués, á quien se perdonó en atencion á los méritos de su padre, á cuya generosidad correspondió sirviendo en adelante con mucha fidelidad, y perdiendo por fin heroicamente, en servicio de su soberano en la guerra de Portugal, la vida que debia á su bondad. D. Juan, habiendo experimentado desgracias en Portugal, y disgustado por la persecucion que la reina le hacia sufrir, se retiró á Consuegra, ciudad perteneciente al gran priorato de S. Juan que se le habia conferido, y el mando del ejército de Portugal se dió

á D. Luis de Benavides marqués de Caracena. Este habiendo formado el atrevido proyecto de ir derecho á Lisboa, se puso en marcha en Mayo de 1665 con quince mil infantes y seis mil y quinientos caballos, debiendo auxiliar sus movimientos la escuadra que con este fin se armaba en Cadiz, pero no habiendo podido salir esta tan presto, Caracena desistió de su primer plan, y puso sitio á Villaviciosa. El marqués de Marialva que mandaba el ejército portuguez, fué al socorro de esta plaza, y habiendo atacado á los españoles, los derrotó completamente, teniendo Caracena que retirarse á Badajoz con los restos del ejército. Felipe al recibir esta funesta noticia, dejando caer la carta de la mano, dijo con resignacion: "Hágase la voluntad de Dios," y habiéndole dado un desmayo cayó en tierra. Desde entónces su salud fue decayendo cada dia, y atacado el 12 de Septiembre del mismo año de una disenteria muy violenta, habiendo recibido los sacramentos con mucha devocion, expiró en Madrid el 17 de aquel mes, á los sesenta años cinco, meses y nueve dias de su edad y cuarenta y cuatro de un reinado el mas funesto para la monarquía, dejando esta para colmo de males en manos de un niño de cuatro años, que con el nombre de Carlos II habia sido reconocido heredero de la corona por muerte de D. Felipe Próspero y demas príncipes sus hermanos. La regencia quedó á la reina D^a Mariana de Austria, poco estimada de los españo-

les porque se le creia mas inclinada á los intereses de su familia que á los del reino, y por esto se le atribuian las desgracias últimamente sufridas en Portugal. El rey nombró un consejo de regencia compuesto de los presidentes de los consejos y otros hombres versados en los negocios. De D. Juan de Austria no se acordó en su testamento habiendo perdido su afecto, lo que tambien se atribuyó á influjo de la reina.

Felipe IV fue conducido con solemne pompa (1) al panteon que con magnificencia real mandó el mismo construir en el Escorial para los reyes de España, y al que hizo trasladar los cadáveres de todos los que lo habian sido desde Carlos V. De sus dos matrimonios tuvo varios hijos, de los cuales solo le sobrevivieron su sucesor Carlos II, D^a María Teresa casada con Luis XIV, y D^a Margarita Teresa con el emperador Leopoldo, de las que nacieron los dos principales pretendientes á la corona, cuando al fin del reinado siguiente se trató de la sucesion á ella. Fuera de matrimonio tuvo siete de diversas madres, de los cuales solo D. Juan es conocido en la historia. Era Felipe de magestuoso y agradable semblante y de buena capacidad: los negocios los entendia facil-

(1) Es tan extraña para Méjico la solemnidad del entierro de un rey de España en aquel tiempo, que creo que mis lectores verán con gusto la descripcion del de Felipe IV, que insertaré en el apéndice, cuando corresponda hablar en las disertaciones, del funeral que se le hizo en esta capital.

mente y los despachaba con acierto: aficionado á las bellas artes, cuyas producciones sabia apreciar con buen gusto, adornó la capital del reino con su magnífica estatua ecuestre, y con las que el conde de Oñate trajo por despojos de Nápoles: aunque de ameno trato, se dice que nunca se le vió reir en toda su vida. Los errores de su gobierno fueron los de los ministros á quienes abandonó la administracion del reino: de estos el conde duque, comprometió á su soberano en guerras extrangeras, y queriendo aumentar su poder con detrimento de los fueros y privilegios de las provincias, que como Cataluña los gozaban, excitó otras en el interior, que consumaron la ruina de la nacion. Para subvenir á tantos gastos, no bastando las rentas ordinarias ni los grandes donativos que todas las clases del estado hicieron á la corona, entre los cuales hubo algunos tan considerables, como el que hizo el cardenal Borja de quinientos mil ducados; ocurrió á los medios mas destructores, tales como alterar el valor de la moneda, con lo que no solo salió del reino toda la de buena ley, sino que entró de los países extrangeros mucha adulterada, que paralizó el comercio, y causó el entorpecimiento de todos los giros en el interior; y aunque para remediar los males que sufría la agricultura y aumentar la poblacion, concedió grandes franquicias á los labradores, y muchos privilegios para fomentar los casamientos, invitando tambien á los extrangeros para que fue-

sen á establecerse á España, todo fué inútil, porque el mal consistia en la continuacion de la guerra y en los gastos que esta causaba, y nada podia remediarse sin cortar el daño en su fuente (1).

La reina D^a Mariana de Austria, encargada del gobierno durante la minoridad del rey Carlos II, elevó á la dignidad de inquisidor general, y con este carácter hizo entrar en el consejo de gobierno á su confesor, el P. Everardo Nithard, jesuita aleman, lo que aumentó la odiosidad que contra ella habia, y suscitó partidos en la corte, habiéndose puesto D. Juan de Austria al frente del que era contrario al confesor, de quien hablaba con la mayor acrimonia. Al mismo tiempo Luis XIV á principios del año de 1667, reclamó á mano armada los derechos que pretendia tener á la corona su esposa D^a María Teresa, como hija del primer matrimonio de Felipe IV, no obstante la renuncia solemne que de ellos habia hecho, apoyando su pretension en que no se le habia pagado la dote que se le prometió, y como para una potencia poderosa cualquier pretexto es bueno para oprimir á otra débil, Luis comenzó por ocupar varias de las principales plazas de Flandes, y en 1668 invadió el Franco Condado con un ejército que mandaba el gran Con-

(1) Aunque el retrato que los escritores españoles hacen del conde duque no sea lisonjero, Voiture, que lo conoció y trató con él negocios de Francia en España, lo representa muy favorablemente, sobre todo, en comparacion con el cardenal de Richelieu. Véase el pasage relativo en Gaillard: Rivalidad de la Francia y de la España, tom. 7^o, fol. 136.

dé. La corte de España puesta en este estrecho, se dió prisa á concluir la paz con Portugal, comenzada á negociar por la mediacion de Carlos II rey de Inglaterra, y en 13 de Febrero de aquel año, se firmó en Lisboa el tratado por el cual la España reconoció la independencia de aquel reino, devolviéndole todas las posesiones que le habian pertenecido, á excepcion de Ceuta que quedó unida á España. Se trató tambien de enviar tropas á Flandes, cuyo mando se dió á D. Juan, deseando la reina con este motivo hacerlo salir de España; pero estando para dar la vela la Coruña, supo que su amigo y confidente D. José Malladas habia sido preso en Madrid y ahorcado dos horas despues por órden de la reina, con cuyo aviso no quiso embarcarse, y habiendo hecho dimision del mando, se le admitió, y se le dió órden para volverse á Consuegra. Entre tanto los holandeses asustados, viendo los progresos de los franceses en los Paisés-Bajos, que ponian en peligro á su república, promovieron una liga con la Inglaterra y la Suecia que se llamó la triple alianza, por cuya intervencion se firmó la paz entre la España y Francia, el 2 de Mayo en Aquisgran, (Aix-la-Chapelle) teniendo España, no obstante el apoyo de aquellas potencias, que ceder las plazas tomadas por los franceses en Flandes, pero recobrando el Franco Condado que Luis XIV se obligó á devolver. La corte de España se habia dividido en dos partidos llamado el uno "Nithardistas," y el otro

"Austriacos," y habiendo la reina dado órden para prender á D. Juan, este se retiró á Aragon, y se hizo fuerte, pidiendo la expulsion del confesor; la reina le escribió para que volviese dándole las mayores seguridades, pero lo hizo acompañado de gente armada, y con ella se acercó á Madrid, con lo que el pueblo se amotinó y la reina tuvo que admitir la renuncia del confesor, que salió acompañado del cardenal de Aragon, para evitar ser despedazado. D. Juan, ensobrecido con el triunfo, manifestó otras pretensiones exorbitantes, y pareció quedar por entónces satisfecho habiéndosele nombrado virey de Aragon. La reina continuó su proteccion al P. Nithard, retirado en Roma, y por sus súplicas el papa lo nombró arzobispo de Edessa.

Distraido el gobierno con estas intrigas en la corte, y haciendo patente por estos sucesos su debilidad, daba lugar á los desórdenes que se cometian en las provincias. En Cerdeña hubo una sublevacion, en que fué asesinado el virey conde de Comerano, y fué menester mandar un ejército para reprimirla y castigarla: en Valencia sucedió lo mismo, y en América los Flibustieres, piratas de todas las naciones que se habian reunido en la parte despoblada de la isla de Santo Domingo, infestaban aquellos mares é invadian las poblaciones de las costas, habiendo llegado su audacia hasta tomar y saquear á Portobelo y Veracruz, y la nacion, cuyas escuadras habian hecho temblar á

la Inglaterra en las mismas islas británicas, no tenia ahora fuerzas marítimas bastantes para castigar á unos bandidos.

Luis XIV no podia perdonar á la Holanda el que con la triple alianza le hubiese quitado de las manos la presa de los Países Bajos españoles, y habiendo logrado con sus manejos no solo separar de la liga á la Inglaterra y la Suecia, sino hacer que la primera de estas potencias se decidiese á obrar contra la Holanda, declaró él mismo la guerra á ésta en 7 de Abril de 1672, y en poco tiempo ocupó la mayor parte de su territorio. La casa de Austria, tanto alemana como española, amenazada en sus posesiones, tomó parte en la contienda, y las tropas de España unidas á las de Holanda, por tantos años su enemiga, formaron el ejército que hizo la campaña de Flándes á las órdenes del príncipe Guillermo de Orange, nombrado statuder desde sus primeros años, y que se manifestó digno de aquel cargo. En el curso de la guerra, los franceses invadieron la frontera de Cataluña, y habiéndose sublevado en Sicilia Mesina, Luis mandó tropas á su socorro y se apoderó de casi toda la isla, quedando dueño de aquellos mares con la victoria que su escuadra ganó en Palermo el 2 de Junio de 1676, con la que las fuerzas de mar de España quedaron enteramente destruidas.

Hallándose las cosas en un estado tan apurado en Italia, la reina regenta nombró á D. Juan vicario ge-

neral de todos los estados que el rey de España tenia en ella, mandándole se embarcase en Barcelona en la escuadra holandesa, con las tropas que debian partir á sus órdenes; pero D. Juan retardó la partida esperando que el rey, llegando á la mayor edad, tomase otras disposiciones. Desde la separacion del P. Nithard, la reina habia elevado otro nuevo favorito. D. Fernando Valenzuela, natural de Ronda en el reino de Granada, habia comenzado su carrera por servir en calidad de page al duque del Infantado, á quien acompañó á Roma cuando fué de embajador á aquella corte, y á la vuelta, el duque que lo estimaba mucho, hizo se le diese la cruz de Santiago. Valenzuela supo ganar el aprecio del P. Nithard é introducido en la corte, obtuvo el favor de la reina con cuya aprobacion se casó con una señora alemana llamada Eugenia, que servia á esta princesa y disfrutaba de toda su confianza. Valenzuela vino á ser el depositario de la de la reina, que lo nombró su caballerizo, le dió el título de marques de S. Bartolomé de los Pinares, y lo elevó á la dignidad de grande de España. El era el dispensador de todas las gracias y dándose todo el aire de un amante favorecido, acabó de excitar la malevolencia que se desataba en invectivas y sátiras mordaces, que llegaban hasta á ofender el decoro de la reina. Cumplió á la sazón los quince años el rey, y el primer acto de su gobierno fué huirse del palacio y pasarse al del Buen Retiro, en la noche del